

ANA E. GUEVARA

EBRIAS
DE AMOR

3

TERE, PONLE
SAL A LA VIDA
CON UN TEQUILA



Estampado de leopardo color fucsia, sujetador *push-up* y los Chunguitos sonando a todo volumen por los auriculares de su *smartphone*. Una parada rápida en el chino de debajo de su casa en el barrio de Vallecas para recargar energía y Tere ya está lista para salir a comerse el mundo.

O eso dice la teoría.

Desde que decidió que el Jhony no le traía más que sufrimientos y lo echó de su vida, tras diez años en los que él no hizo nada más que aprovecharse de ella, sigue sin encontrar claramente su sitio. Un absurdo incidente hace que encuentre a cinco mujeres tan perdidas como ella, pero que a fuerza de amistad y risas consiguen siempre salir adelante. Las chicas del JB (Jueves Borrosos).

Cuando Fernando se cruza en su camino, su vida da el vuelco definitivo y por mucho que ella quiera ignorarlo, esos profundos ojos castaños no la dejan escapar.

Índice de contenido

Cubierta

Tere... ¡Ponle sal a la vida con un tequila!

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Prólogo

Hola, me llamo Tere y soy la campeona de beber tequila a morro de la botella del grupo JB, Jueves Borrosos. Claro que, para ser justos con la realidad, mi vida lleva siendo borrosa desde que cumplí los dieciséis años, más o menos. Al terminar el instituto, me matriculé en Filología germánica, que me diréis qué mierda se me había perdido a mí leyendo a Nietzsche o a Goethe. ¡Pues un tío! El Charlie, para ser exactos. Un cerebritito de mucho cuidado, pero al final lo nuestro no funcionó, él era demasiado buenazo, y yo necesitaba más marcha en aquella época.

Así que caí de cabeza en los brazos del Luismi, que tenía los ojos más verdes y la moto más trucada de todo Vallecas. Y yo creo que ahí fue cuando mi vida empezó a desmoronarse, aunque no fuera consciente de ello. El Luismi me convenció para dejar la carrera e irnos a recorrer Europa en moto, y a mí eso me sonaba a lo más romántico que me hubiera propuesto nunca nadie. Si no fuera porque me dejó tirada en Dinamarca para irse con una danesa y yo me quedé más sola que la sirenita de Copenhague y con los pezones como para cortar vidrios del frío que tenía. Además de que no llevaba ni un duro porque el tío era un desgraciado, pero de tonto no tenía ni un pelo, y se marchó con la rubia y el dinero que teníamos para continuar el viaje.

Así que me vine desde Dinamarca a Madrid haciendo autostop hasta que en Perpiñán apareció un ángel enviado por el mismísimo Dios: el Jhony. Imagínate lo que yo sentí cuando abrí la puerta del Opel Corsa y me veo a un tío con el pelo tintando de rubio canario, una letra china tatuada en el cuello, tres pendientes en una oreja y un cigarrillo en la otra. Y como banda sonora: Estopa. Decidme la verdad, vosotras también estáis mojando las bragas ahora mismo, ¿a que sí? Y además, de Carabanchel, que no es tan buen barrio como Vallecas, pero que tiene un pase.

Y desde aquel día hemos estado juntos. Yo perdí mi beca por irme a mitad del curso, y desde entonces, he ido tirando con trabajillos aquí y allá porque el Jhony no es de los que trabaja. Él es más de quedarse en casa jugando al *Fortnite*, que dice que es ahí donde está la pasta ahora. Yo no sé si será verdad, solo sé que en diez años no lo he visto cotizar ni tres meses en total y la única pasta que ha traído a casa son los fideos del chino pagados con mi dinero. Pero es que además conseguía meterme en problemas con mis jefes y me han echado de más de un empleo por su culpa.

Y eso nos lleva a la noche de Halloween, cuando mi vida dio un vuelco en todas las direcciones posibles. Me habían echado del trabajo por culpa del Jhony y además él se había gastado el dinero que teníamos ahorrado para hacerme una inseminación *in vitro* en una clínica privada en carreras de hurones, que, según él, iban a desbancar a las carreras hípicas y de galgos. El caso es que por primera vez abrí los ojos y lo vi como de verdad era: un inútil aprovechado que no ha dado un palo al agua y con el que yo había perdido una década de mi vida.

Así que tomé la única decisión razonable en esos momentos: irme al chino a cogermela cogorza de mi vida, porque de verdad que necesitaba olvidar esos últimos años en general y este último día en particular.

Pues Dios debe tener un sentido del humor muy retorcido porque en el chino Juan solo quedaba una última bote-

lla y tuve que pelearme por ella con dos zumbadas. Una ni disfrazada podía ocultar que era una especie de monja carmelita, y la otra una niña de *El exorcista* de mercadillo. Que me diréis, ¿qué pintan dos mamarrachas como esas en un sitio con tan buen renombre como el chino Juan? Menos mal que yo iba de bombera sexy para animar un poco la cosa y subir el nivel que esas dos habían dejado por los suelos.

Pero vamos, que yo les dije a esas dos señoras muy educadamente que me dieran la botella, que yo la había visto primero, y se me pusieron chulas las dos. A mí. En mi chino. Con mi botella. Una cosa os voy a decir, no les reventé la cabeza a patadas porque el chino Juan vino a repartir sabiduría oriental como si fuera el puto maestro de Karate Kid, que si no a esas las recogen con cucharilla los del Samur. Pero es que encima nos fuimos a emborracharnos a un parque y allí apareció una tipa con la vida sexual más desastrosa que se puede imaginar, y otra disfrazada de unicornio. ¡Un cuadro!

Pero el caso es que compartir esa botella nos unió más de lo que yo me esperaba, y ahora esas cuatro zumbadas son como de la familia. Y eso en Vallecas significa mucho. Porque, parafraseando a la gran filósofa de nuestra era, la todopoderosa Belén Esteban, «yo por mi familia mato. MA-TO».

Si este jueves no tenéis nada que hacer, pasaos por nuestro grupo. Solemos dejar una silla vacía por si hay alguna mujer que necesite borrar su día a base de beber en buena compañía.

Capítulo 1

El metro iba a reventar, como cada día en hora punta, y yo notaba como un señor con barriga se pegaba demasiado a mí y me olía el pelo. Iba a darme la vuelta y soltarle un tortazo cuando me vino a la cabeza la imagen de Chus hablando de perdonar y de ser mejores personas. Así que respiré hondo, conté hasta diez y me dije que haciendo eso me estaba ganando un lugar en el cielo. Yo estaba poniendo de mi parte, de verdad que sí, pero entonces el otro mamarracho se acercó aún más y ya no lo pude resistir.

—Esta experiencia que muestra oliendo pelo es por aspirar coca, ¿a que sí? —Lo dije suficientemente alto como para que todo el vagón lo oyera.

—Yo... Esto... Eso no es así.

—¿Qué no es así? ¿Lo del pelo o lo de la coca?

La carcajada en el vagón fue general. Se bajó en la siguiente parada, yo no sé si era la suya, pero reconozco que me alegré cuando se alejó. No lo puedo negar, soy impulsiva, pero últimamente la cosa iba a peor. Desde que me echaron del curro por culpa del Jhony, había ido encadenando trabajillos de mala muerte que no duraban más de un mes y que pagaban en negro la mayoría de las veces. Tenía algo de dinero ahorrado en una cuenta de la que el inútil de mi ex no tenía ni idea, e iba resistiendo gracias a

eso, pero se acabaría pronto y empezaba a notar la urgencia de encontrar un trabajo mejor.

Y luego estaba el otro tema... Llevaba una eternidad sin sexo. No me juzguéis mal, pero llevaba... No, no lo puedo decir, que me da vergüenza. Bueno, estamos entre amigas y no iréis con el cuento por el barrio. Llevaba un mes sin sexo. ¡Ya lo he dicho! A vosotras os puede parecer poco, pero para mí estaba siendo un infierno. Porque el Jhony sería un vago sin futuro, pero en la cama cumplía como un campeón. Y a mí en una época mala me tocaba cada dos días como mucho, así que imaginaos cómo estaba, llevando un mes entero sin mambo. Pues que me subía por las paredes. Y eso lo estaban notando hasta los del metro que iban conmigo y no me conocían de nada.

La siguiente parada era la mía; a ver si la suerte se ponía un poquito de mi lado, que ya me iba tocando. Tenía una entrevista de trabajo para ser camarera en un bar en la otra punta de Madrid. Se me iba a ir medio día en el metro para llegar, pero al menos el horario no era muy malo y me declaraban a la Seguridad Social. En esos momentos de verdad que no pedía más.

* * *

Llegué a la entrevista con diez minutos de adelanto. El sitio por fuera parecía un tugurio de mala muerte anclado en los años setenta. Letrero luminoso al que le faltaban letras, fachada de ladrillo visto y cáscaras de pipas en la puerta. Pero es que por dentro la estampa no mejoraba lo más mínimo. Mis botas de cuero hasta la rodilla hacían *chof chof* con cada paso que daba al quedarse pegadas en la grasa del suelo, las botellas de anís se alineaban enhiestas detrás de la barra, y un póster del Fary presidía la estancia. ¡El Fary! Yo soy de Vallecas y eso me pareció una cutrez hasta a mí. Conté no menos de cuatro vasos de tubo en la barra,

seguramente sin lavar. Suspiré tratando de calmarme recordando lo que me habían dicho las chicas:

«Sé siempre cortés y educada.»

«Habla de tus cualidades sin decir ninguno de tus defectos.»

«Sonríe y sé tú misma.»

«Actúa como si el puesto ya fuera tuyo.»

«No te lo imagines desnudo.»

Este último consejo fue de Vero. Ya no le pasa eso de ver a los tíos en bolas, pero me lo recuerda cada vez que tengo una entrevista, por si acaso. Yo creo que es por nostalgia de aquellos tiempos antes de encontrar al macizorro de Óscar.

—¿Hay alguien? —pregunté mientras me adentraba un par de pasos más al ritmo del *chof chof* de mis botas.

Un señor de unos cuarenta y largos salió de detrás de la barra. Llevaba una camisa de cuadros abierta hasta el pecho y una medalla de oro de la Virgen relucía entre el vello pectoral. Le sobraban al menos veinte kilos y la camisa estaba marcada debajo de las axilas por el sudor. No se parecía en nada, pero pensé en Torrente *apatrullando la ciudad* y esbocé una sonrisa.

—Sí, es aquí. ¿Has venido por la entre...?

El tío se quedó callado y me dio un repaso que parecía un crítico de arte frente a un cuadro del Thyssen. Es verdad que yo me había vestido para causar buena impresión y llamar la atención: llevaba un top blanco que dejaba al descubierto el *piercing* de mi ombligo, unos pantalones negros muy, pero que muy ceñidos y unas botas de cuero por encima de la rodilla. Anisi me dijo que la combinación de camisa blanca y pantalón negro era una buena opción para una entrevista de trabajo y yo le hice caso. Pero como no tengo camisas, porque me parecen cosas muy viejunas, me puse un top. Tampoco se nota tanto la diferencia, ¿verdad?

—Sí, por la entrevista —le dije completando la frase porque no me apetecía seguir perdiendo el tiempo.

—Pasa a mi despacho. Es por aquí. —Señaló una puerta que estaba tan sucia que se camuflaba perfectamente con el resto del local.

Le dejé que la abriera él por miedo a contraer cualquier enfermedad que debería estar erradicada desde la Edad Media.

El despacho detrás de la puerta era exactamente como me lo imaginaba, igual de cutre que el resto. Una portada del Marca del año noventa y ocho mostraba a los jugadores del Madrid sosteniendo la Champions. Disimulé mi disgusto al ver esa foto enmarcada, no me gusta demasiado el fútbol, pero, como cualquiera en mi barrio, soy del Rayo a muerte. Un calendario Playboy había detenido el tiempo en el año dos mil dos con una conejita desnuda en la foto del almanaque. Había una pequeña pecera, de esas redondas, con un simpático pececillo naranja dando vueltas sin parar.

—Siéntate —me dijo señalando una silla roñosa—. Soy Eduardo, el dueño.

—Soy Teresa. —No hice amago ni de darle dos besos ni de estrecharle la mano.

Me senté en silencio esperando que fuera él quien comenzara la entrevista, pero viendo que sus ojos no salían del canalillo de mi escote decidí tomar la iniciativa.

—En la oferta se menciona el horario, pero no se dice nada del sueldo.

Eduardo se pasó la lengua por los labios y sus ojos brillaron.

—Verás, esto es un negocio familiar, como habrás podido ver. Nuestros recursos son limitados, pero siempre se pueden negociar... Ejem... Bonificaciones especiales.

—¿Por traer nuevos clientes? ¿Es algo así como las relaciones públicas de las discotecas?

—No exactamente.

Lo miré ceñuda y él se revolvió incómodo.

—No es nada ilegal, si es lo que te estás preguntando. Simplemente, estaría bien que de vez en cuando limpiaras

el local. Se te pagaría un plus, por supuesto.

—¡Ah! Perfecto, me estabas asustando. Claro, sin problema, a mí no se me caen los anillos por coger un mocho y una escoba. La verdad es que al suelo de fuera le vendría de perlas una limpieza a fondo. ¿De cuánto estamos hablando?

—Pues serían quinientos más al mes por la limpieza.

Me atraganté con mi propia saliva. ¿Quinientos eurazos solo por pasar el plumero y fregar el suelo? Lo hubiera hecho por menos, pero recordé lo que me dijo Anisi.

—Seiscientos.

Eduardo sonrió.

—Claro que hay una condición.

Fruncí el ceño, ya sabía yo que no podía ser todo tan bueno.

—Tienes que limpiar desnuda. O solo con un delantal si es que eres muy pudorosa.

Me levanté de un saltó y la pecera se tambaleó sobre la mesa.

—¿Pero de qué vas, tronco?

—Te pagaré los seiscientos, incluso seiscientos cincuenta, si quieres.

—Lo que quiero es que se entere tu mujer de lo que me acabas de proponer —le solté, señalando el anillo que llevaba en el dedo anular.

El golpe pinchó en hueso, pues escondió la mano tras la espalda rápidamente.

—Venga, no me dirás que no es un buen plan. Además, con la ropa que llevas es como si fueras ya medio desnuda, así que no habría tanta diferencia. No me digas que vas ahora de santurrón, tienes pinta de ser una guarrilla.

Vi la lascivia en sus ojos, y la codicia, y la inmoralidad de querer aprovecharse de las mujeres que necesitan el dinero. Y si a eso le sumas la abstinencia que llevaba, se me juntó todo eso aquí, en las entrañas, y me convertí en una gorgona.

—¡Me visto como me da la gana, cerdo de mierda! Y ni tú ni nadie me va a juzgar por mi ropa, ¿me estás oyendo?

Ya digo que no estaba pasando por mi mejor época, así que reconozco que no me siento muy orgullosa de lo que pasó a continuación, pero comencé a tirarle cosas de la rabia que sentía en esos momentos. Iba cogiendo todo lo que encontraba encima de la mesa y se lo tiraba mientras él se tapaba con las manos como podía para esquivar mis proyectiles. Bolígrafos, la grapadora, un manojo de papeles y... ¡la pecera!

Lo sé, no me juzguéis, no sé qué me pasó por la cabeza para creer que eso era una buena idea. Me di cuenta de la estupidez que había hecho cuando vi el vidrio volar sobre su cabeza y estrellarse contra la pared del almanaque de Playboy.

—¡Serás zumbada! —me dijo mientras se cobijaba tras un sillón mugriento.

—¡Y tú desgraciado! —respondí mientras le daba la vuelta a la mesa y me ponía a cuatro patas buscando—. Estúpido pez, ¡parece si no quieres morirte asfixiado! Y no pienso cargar con tu muerte en mi conciencia, te aviso.

Mi invocación surtió efecto y el pequeño cuerpecito naranja apareció dando saltos y grandes bocanadas al lado de la papelera. Lo cogí entre mis manos mientras él pugnaba por liberarse y me fui del despacho hecha una furia no sin antes dedicarle una mirada al dueño que hubiera helado el mismísimo infierno.

—No te lo mereces —le dije señalando con la cabeza al pequeño animal que saltaba dentro de mis manos. El dueño ni se movió y solo asintió en silencio.

En mi salida me detuve en la barra y llené un vaso de cubata con agua en el que metí a mi nuevo amigo y salimos rumbo al metro.

Me vida era una mierda, pero una mierda descomunal. Menos mal que esa noche era jueves e iba a poder contarle mi aventura a mis amigas. Ahora no solo había perdido un

trabajo, sino que, por lo visto, había adoptado a un pez naranja.

—¡Maldita sea mi suerte! —dije en voz alta, llevándome varias miradas de reproche por parte de los transeúntes.